

La OEA y la Coyuntura Política Regional

*

El proceso que culminó con la elección de José Miguel Insulza Salinas, ex Ministro del Interior de Chile como Secretario General de la OEA, proporciona algunas importantes claves para comprender el nuevo y complejo escenario político regional.

La compleja mediación política de los EEUU

Varios analistas han destacado la circunstancia completamente inusual de que por primera vez un Secretario General de la OEA haya sido electo sin contar desde el principio con el patrocinio explícito de los EEUU. Y todavía más, que la potencia hegemónica incontestada a nivel mundial, se haya colocado impensablemente en la muy incómoda situación de ser derrotada de modo reiterado y consistente en sucesivas rondas de negociaciones y conteo de sufragios. Ello precisamente en referencia a una región y con

respecto de países que en el papel, aparecen todavía formando parte del campo de influencia y control más tradicional y directo de los Estados Unidos.

En efecto, si se tienen en cuenta todos y cada uno de los episodios acumulados desde la abrupta y obligada renuncia de Miguel Ángel Rodríguez, hasta la propia y definitiva elección de Insulza, EEUU acumuló la friolera de 8 derrotas consecutivas en su intención de colocar a su propio candidato en la testera de la OEA.

La propia renuncia de Rodríguez, que había resultado electo como candidato de los EEUU significó la primera de ellas. La segunda consistió en la imposibilidad de ganar suficientes adhesiones para su candidato de reemplazo, el salvadoreño Flores, lo que obligó a la postre a los EEUU a deponer dicha candidatura por falta de apoyo suficiente.

*Taller de Coyuntura Internacional de Fundación Friedrich Ebert – Chile

Otras cinco derrotas consecutivas estuvieron representadas por los cinco empates registrados entre Insulza y Derbez, precisamente para cuando este último aparecía explícitamente como el nuevo candidato de los EEUU.

La octava derrota para los EEUU consistió en verse colocado en la necesidad de forzar la bajada de Derbez, por intervención directa de la propia Secretaria de Estado, antes de que se verificaran los nuevos comicios del 2 de mayo pasado. Es evidente que esta jugada no tuvo otro propósito que el de prevenir lo que veía como inminente, esto es, la nueva derrota electoral de su candidato.

Hay que recordar que a la fecha el canciller mexicano no solo parecía contar con menos de los 17 votos que antes había logrado acumular en su favor, sino que además, se había quedado sin piso político interno en su propio país, como consecuencia indirecta de la disputa entre el PAN y López Obrador.

Así las cosas, la circunstancia de que EEUU haya visto en la necesidad de forzar a Derbez a deponer sus aspiraciones, para luego propiciar con ello un consenso no absoluto pero si mayoritario en torno a Insulza, le permitió a Washington aparecer como el gran componedor de las diferencias y principal constructor de un acuerdo amplio para superar la crisis de gobernabilidad de la OEA.

Para quienes pudieron ver las imágenes de Derbez saliendo de la trilateral con Insulza y Rice no pudo haber dudas de lo que se trató en dicho encuentro. Y más allá de los pormenores, el

resultado fue que EEUU al acceder al triunfo del candidato chileno se propuso ganar perdiendo, cosa que de algún modo consiguió, al menos mediáticamente.

Pero aquella operación de última hora no logró ocultar la cuestión de fondo, consistente en que EEUU no pudo esta vez imponer sus designios para la OEA, a pesar de haber contado con el tiempo y los recursos necesarios para torcer las cosas a su favor.

La cuestión del desplazamiento de Roger Noriega como figura clave de las negociaciones y su reemplazo por la propia Condolezza Rice como figura conductora del proceso da para otras lecturas complementarias, que se relacionan con la baja prioridad y la consiguiente falta de política de la administración norteamericana hacia la región. Además, el caso da cuenta de la presunta derrota de una cierta percepción ideológica de lo que hay que hacer en la región, representada por personeros como el propio Noriega, entre otros, frente a una actitud más pragmática y negociadora representada por Rice.

Igualmente, el que los EEUU no hayan sido capaces de influir para morigerar la actitud política de Bolivia y Perú, e incluso del propio México que se abstuvo, también representan elementos a considerar en el análisis. Suponemos que EEUU debe haber aspirado a un consenso limpio y total, cuestión que no consiguió respecto a Perú y Bolivia. También, que lo obrado por México debe ser leído como una anuencia parcial al predicamento norteamericano, dado que incluyó la renuncia del candidato pero no el apoyo al consenso propuesto frente al contrincante.

¿ Un nuevo escenario para la OEA o la continuación de lo mismo?

Pero lo que queda subsistente e interesa destacar, tiene que ver con el nuevo escenario hemisférico abierto a propósito de la contienda de la OEA. Y con los significados y consecuencias que los alineamientos verificados en torno al caso pudieran implicar para la política regional.

Se ha señalado que una de las principales objeciones de EEUU con la candidatura de Insulza se habría relacionado con el activo y entusiasta apoyo de dicha candidatura del presidente venezolano Hugo Chávez. Además, se menciona el trabajo tras bambalinas en pro del candidato chileno de parte del gobierno cubano.

Tanto Venezuela como Cuba efectivamente se aplicaron en erosionar las candidaturas de Flores y Derbez, con lo cual terminaron en la práctica por favorecer a la opción de Insulza, particularmente en cuanto a El Caribe.

Sin embargo, resulta muy precipitado suponer que efectivamente la candidatura de Insulza entusiasmará a venezolanos y cubanos como una opción merecedora de apoyo por causas más profundas que el mero sentido de la oportunidad. Mas bien, cabe suponer que las gestiones que uno y otro efectivamente realizaron en contra de Flores y Derbez primero, y en favor de Insulza más tarde, estuvieron en realidad inspiradas en un calculo político meditado del «mal menor». Por varias razones que no son del caso enumerar acá, pero que son bien conocidas, tanto Flores como Derbez representaban para Cuba y Venezuela opciones tan negativas como peligrosas.

Por lo mismo, no es sorprendente que hayan resuelto jugar decididamente en contra. Lo que no quiere significar, necesariamente, una opción deliberada por Insulza.

Evidentemente EEUU no supo leer dicho matiz. De modo que por un buen rato actuó como si estuviera enfrentando a una versión regional del «eje del mal». Una supuesta coalición antinorteamericana compuesta por Venezuela, Cuba, Brasil, Argentina y Chile, más algunos estados caribeños tradicionalmente díscolos y ansiosos por sacar partido político a la ocasión de hacer valer su opinión, a través de su voto, frente a los exponentes más grandes, poderosos e influyentes del entramado político regional.

Habría que suponer que los casos de Venezuela y Cuba han debido de representar sendos temas de conversación entre Rice y los representantes chilenos. Que tipo de garantías se exigieron y que compromisos sellaron el pacto es algo que el tiempo dirá.

Chile, la OEA y la Agenda Insulza para el período

Por lo pronto Insulza se ha comprometido a no forzar un debate sobre la reincorporación de Cuba a la OEA, bajo el argumento de que este tema no cuenta con el consenso suficiente dentro de la propia organización. Respecto de Venezuela, no es esperable que EEUU se proponga ceder en su política de presiones a la administración de Chávez. Ni tampoco que se apreste a dejar a la OEA al margen de dicha estrategia.

Con todo, las acusaciones de irrelevancia que se levantaron contra la OEA a propósito de la renova-

ción de su liderazgo podrían sentar las bases para un proceso de rectificación. Y nadie duda que el nuevo Secretario General cuente con los talentos, la experiencia y la energía suficiente para encarar este desafío.

Respecto de Chile, hay que señalar que lo conseguido en la OEA constituye un gran triunfo diplomático. Cuya magnitud se acrecienta si se tiene en cuenta que hasta no hace mucho arreciaban las críticas internas y externas contra una política exterior que, según se afirmaba, había conducido a Chile a un grado de soledad política regional pocas veces vista.

En materia de costos, la diplomacia chilena ha visto reverdecer a propósito de la OEA las tensiones con sus vecinos Bolivia y Perú. Además de abrir un capítulo de resquemores y abierta controversia con México, tradicional aliado de Chile.

Es muy probable que las tensiones con México tiendan a menguar prontamente. Sobre todo si se tiene en cuenta que México está ad portas de nuevas elecciones presidenciales, de modo que la renovación de liderazgos seguramente influirá en que las relaciones bilaterales retomen su tradicional y casi siempre óptimo nivel de calidad. Ello a pesar que las tensiones con México no parecen estar solo motivadas por la cuestión de la OEA. Ello, a juzgar por las recientes declaraciones del presidente Fox, quien en visita de estado a Bolivia, golpeó con fuerza uno de los flancos más sensibles de la diplomacia histórica chilena al respaldar abiertamente la demanda marítima boliviana.

Los casos de la política de Perú y Bolivia respecto de Chile responden a situaciones enteramente distintas y menos coyunturales. Hay quienes han expresado que la falta de apoyo de Perú y Bolivia a la candidatura de Chile, por las razones que esto haya sido así, han afectado debilitando la política exterior andina. Como se sabe, la Comunidad Andina de Naciones (CAN) comprende a Venezuela, Bolivia, Colombia, Perú y Ecuador, y este referente fue incapaz de generar un acuerdo sobre la cuestión de la OEA.

Sin embargo la cuestión de la OEA, respecto a Perú y Bolivia en relación a Chile, no ha significado más que un mero pretexto coyuntural para reverdecer viejos conflictos y rencillas. Es probable que, tal como suelen resaltar medios políticos y diplomáticos chilenos, la nueva circunstancia conflictiva tenga que ver con el interés interno boliviano y peruano por agitar cuestiones pendientes con Chile con fines de política interna. Pero lo es también que la facilidad con que las situaciones de tensión tienden a escalar y a crispitar los ánimos tiene una explicación más profunda y verdadera que la sola e hipotética manipulación mediática.

En la suma final, hay razones para suponer que a propósito de este capítulo de la OEA los EEUU hayan comprendido un poco más de las singularidades de la política regional y de sus matices. Hay indicios de los esfuerzos de varias cancillerías, incluido al propio Chile, Brasil y Argentina, por hacer ver al Departamento de Estado las diferencias existentes entre el así llamado «eje progresista» constituido por Brasil, Uruguay, Argentina y Chile, respecto de la política de Venezuela y Cuba.

Todo parece indicar que EEUU comienza a allanarse a trabajar con dicho referente político, para lo cual el pase a Insulza sería el primer paso. Sin embargo, no es para nada evidente y claro que EEUU pueda contar sin más trámite con la anuencia de sus miembros para cualquier política respecto a Venezuela y Cuba. Mucho menos si esa política se compone de más presiones y esfuerzos desestabilizadores unilaterales.

Al asumir José Miguel Insulza, la Secretaría General de la OEA deberá enfrentar el conjunto de expectativas de distinto tipo que su elección ha generado en distintos círculos. En primer lugar existen expectativas de índole política, que se relacionan con el tipo de tratamiento que intentará dar a cuestiones sensibles y actuales, como son los casos de la crisis en Ecuador, y los asuntos ya mencionados de Venezuela y Cuba. Cualquiera de estos casos representará un test para su liderazgo sobre el tipo de relación que se propone tener con los EEUU, el que será seguramente observado atentamente y profusamente comentado por todos los actores.

En un sentido general, el desafío político mayor y principal consiste en hacer de la OEA una entidad

influyente y políticamente relevante en el acontecer regional y mundial.

Por lo mismo las señales que emita la nueva Secretaría debieran ir orientadas a cimentar la confianza de todos los miembros. Con énfasis en intentar recomponer la relación con México y en intentar atraer hacia una política más cooperativa a Perú y Bolivia. Todo ello, sin poner en riesgo la voluntad de apoyo expresada por Brasil, Argentina y Venezuela, y trabajando por mantener incorporada a la región del Caribe, más allá de la propia coyuntura electoral.

También existen expectativas institucionales que se relacionan con la capacidad de enmendar los métodos burocráticos y poco transparentes que han venido caracterizando a la gestión y la organización de esta institución. En este sentido, trabajar para democratizar y transparentar sus métodos y hacer más eficientes y eficaces sus resoluciones, debiera constituir un desafío de primer orden a solventar, precisamente para poder colocar a la OEA en situación de encarar los desafíos políticos principales.»%